

el fogón de la peonada



LA PAZ

—86—

MIGUEL SALGUERO

Antes de que se firmara el pacto de la Embajada de México, que trajo la paz a la República, ocurrió aquel desagradable suceso. Aún no se había rendido el cuartel de Cartago.

Mucho se ha dicho en estos años de que hubo desmanes de parte de unos y otros. Efectivamente, pues lo cierto es que en una guerra ningún bando puede "decir estamos libres de pecado, vamos a lanzar la primera piedra".

Un oficial del Gobierno metió dentro de una "cazadora" del servicio regular a Cartago, desde luego interrumpido días atrás, a un grupo de heridos, posiblemente de los detenidos en el cuartel, y con una pistola los obligó a mantenerse quietos mientras el chofer aceleró, cruzó las líneas revolucionarias que rodeaban el fortín, y se encaminó a todo correr hacia San José. No contaba el oficial con la presencia de tropas en Ochomogo ni con el famoso obstáculo del carro de hierro atravesado en la vía.

Nosotros estábamos a la orilla de la carretera cuando vimos aparecer el autobús. Al detenerse por el valladar, los heridos se dieron cuenta de nuestra presencia; de inmediato sacaron cabezas y brazos por las ventanillas para pedir auxilio. "Ustedes son de las tropas revolucionarias?, —gritaron—. Somos heridos; nos llevan obligados a San José... Corran...". Inmediatamente acudió un grupo a ver de qué se trataba. Un oficial trepó al vehículo, con su máuser en la mano; nosotros le seguimos.

Los detenidos, que ya se podían contar como liberados, narraron rápidamente lo que les sucedía; y señalaron a un individuo que estaba en la parte posterior del autobús; el gobiernista tiró su pistola a un lado y se arrodilló ante nuestro oficial, para pedir clemencia. Los heridos dijeron que aquel hombre les había producido las cortaduras para poder dirigirse a San José con el pretexto de que iba para el hospital. Nuestro compañero, sin titubeos a pesar de que el contrario estaba de rodillas, levantó el máuser y disparó. El hombre cayó de bruces y un hilo de sangre viva corrió por el piso de madera de la cazadora. El estremecimiento y el horror que sentimos entonces aún se produce en nosotros cuando recordamos este horrible episodio, a decir verdad el único de ese tipo que presenciábamos en toda la campaña.

—ooOoo—

Don Roberto Tinoco, comandante del cuartel, aceptó rendir sus tropas luego de un parlamento, en el cual se le garantizó que se respetarían las vidas de sus soldados. Estos, protegidos por una guardia especial, salieron del cuartel y se alojaron en edificios públicos. De inmediato las tropas revolucionarias tomaron la fortaleza.

Por esos días, merced a un documento firmado por un agente confidencial del Gobierno de Costa Rica, y entregado al Presidente de Nicaragua, se produjo la invasión de la Guardia Nacional de aquel país al nuestro; un buen contingente llegó a Villa Quesada y en una operación en la hacienda La Vieja, al hacerles frente un grupo de alzados simpatizantes de la revolución, murió un trabajador sancarleño.

Una de aquellas noches oímos el rumor de que se iba a producir una entrevista entre nuestro comandante, don José Figueres, y el jefe del partido Vanguardia Popular, comunista, cuyos lineros llevaron el peso de la lucha en algunos sectores. Rato después algunos compañeros confirmaron que efectivamente, a unos 800 metros del carriol, y en tierra prácticamente de nadie, habían conversado los señores Figueres y Mora, en presencia del padre Núñez, mediador de los revolucionarios, y del líder comunista y escritor Carlos Luis Fallas. A los pocos días se llegó a un acuerdo completo y se firmó el documento que la historia ha recogido como "Pacto de la Embajada de México", que trajo la paz a esta tierra de pan llevar.